

Cádiz una borrasca atlántica, que estaba llamada a traernos aire del Sur, templado y húmedo. Este aire habría de provocar nevadas extensas en el interior al deslizarse sobre el muy frío que teníamos; pero terminaría siendo un temporal de lluvias sobre toda la Península y Baleares que acabaría con las temperaturas tan bajas que teníamos. Las lluvias fueron extraordinariamente intensas en Andalucía. La ola de frío podía darse por terminada.

un año raro

A un verano altamente anormal en todo (véase el artículo «Un largo y cálido verano», publicado por TRIUNFO en su número 17, del 29 de septiembre pasado), siguió un otoño igualmente raro, en el que no nos visitó ni un solo temporal de los clásicos, de los de poniente, y sólo hubo acometidas Norte-Sur; y en el que la calefacción se agradeció desde el mismo día primero de noviembre, cosa verdaderamente muy rara. Durante el otoño ya tuvimos condiciones de invierno, de modo que el invierno meteorológico se adelantó en más de un mes al astronómico (éste entró en 22 de diciembre a las 8,15 horas); y también se está caracterizando por la presencia de irrupciones desde el Norte o desde el Sur (más de aquéllas que de éstas). La atmósfera muestra estar muy activa, con grandes cantidades de energía acumuladas. Y ello se manifiesta en esas irrupciones violentas en las direcciones citadas, con preferencia a las más normales de Oeste a Este.

La ola de frío que comentamos, hay que considerarla como fuera de serie por su forma de presentarse; por sus características técnicas muy especiales, sin vientos generales del Norte; y por la serie de circunstancias también especialísimas que originaron la intensa nevada de Barcelona.

Pero no por sus temperaturas, a pesar de que fueron muy bajas. Ya que, no sólo en lo que va de siglo, sino en los últimos 20 años, ha habido temperaturas más bajas en España. En Barcelona mismo ha habido alguna otra ocasión en que se alcanzaron 7 grados bajo cero (esta vez fueron 4 bajo cero); aunque fue en un mes de febrero; es decir, que refiriéndonos al mes de diciembre, ningún otro año en este siglo alcanzó Barcelona una temperatura más baja que en la última ola de frío pasada.

Para terminar, les refrescaremos la memoria con datos de algunas de las temperaturas más bajas alcanzadas en España en otras ocasiones, siempre durante los últimos 62 años, según datos del Servicio Meteorológico Nacional: La más baja de todas (y no cuentan las montañas, claro), fue de veintidós grados y medio (22,5) bajo cero en Albacete, el 25 de febrero de 1944. También son destacables, veinte grados con seis décimas (20,6) bajo cero en Relnosa; veinte grados y medio (20,5) bajo cero en Cuenca; 20,4 bajo cero en Avila; y 20 bajo cero en Teruel.

UNA MUCHACHA ESCRIBE A LOS REYES MAGOS

Por CARMEN VAZQUEZ-VIGO

MIS queridos Melchor, Gaspar y Baltasar:
Hace mucho tiempo que he dejado de escribirlos. El mismo que hace desde que me dijeron esa tontería de que no existis. Ahora que soy mayor, que tengo el bachillerato terminado y me he dado cuenta de muchas cosas y, entre ellas de que hay que creer en todo lo que es bonito, en todo lo que le permite a una vivir con

ilusión y a gusto. Por eso creo en vosotros: porque es bonito escribir una carta, pedir y esperar, aunque luego no llegue en seguida lo pedido. Siempre queda el recurso de pensar que la carta se perdió, o que no habéis encontrado el camino de casa, pero que el año próximo, o el otro, si llegaréis cargados de maravillas.

No creáis que me ha sido fácil decidir en qué iba a consistir mi petición. Primero estuve por



pediros que dejaseis en mis zapatos un vestido de Dior; luego, un billete de avión que me llevase a la India misteriosa (¿hay manera de escribir «India», sin poner inmediatamente eso del misterio?) y, por último, dejando frivolidades aparte, pensando en lo que de veras importa, opté por pedir os esto: un marido.

Si, que no os sorprenda. A mi, como a todas las muchachas —estudien o no Ciencias Económicas, esperen o no un porvenir brillante ganado por sus propias manos—, lo que de veras me ilusiona es casarme. Pero no de cualquier modo; no con un hombre cualquiera. Quiero uno especial, uno que se parezca lo más posible a ese que imagino tantas veces y que me haría feliz, feliz, feliz...

Para que no os equivoquéis en la elección, os enumero a continuación sus características esenciales:

1 que sea trabajador

Esto es, que sepa ganarse sus pitillos, mi barra de labios y el pan de los dos, sin que le desanimen las ocho —o las diez, o las doce— horas de pico y pala; sin que le asuste empezar desde abajo y sin apoyos y, sobre todo, sin que piense que «los demás tienen más suerte» o «los que ya han llegado no dejan sitio». Que se haga por sí mismo «su» suerte y «su» sitio en la medida de sus posibilidades.

2 que sea inteligente

Con esto no pretendo decir que tenga un cerebro capaz de producir otra Teoría de la Relatividad, sino que sea lo suficientemente listo como para no sentirse disminuido porque yo sea una brillante profesora en Ciencias Económicas —suponiendo que llegue a serlo, claro— y para no creer que mi misión en la vida, como esposa suya, sea la de pasarme el día abriendo la boca en gesto de atónita admiración y diciendo de vez en cuando «¡qué grande eres, Pepel!» Y para que, además, sepa tratarme como a una compañera, no como a un gracioso bichito puesto en su camino para coserle los botones y alegrarle los ratos de ocio.

3 que sea fuerte

No con esa fortaleza que permite aplicar un directo a la mandíbula del enemigo y convertirla en una papilla informe, sino con la otra, la buena, la que sirve para levantar el ánimo, para transmitir serenidad y firmeza a los que están alrededor —en este caso, yo— y para «mantener el tipo» con dignidad cuando las cosas se ponen feas. También para sostener sus ideas con valentía aunque no sean las de la mayoría y aunque no sean las de su superior jerárquico.



4 que sea débil

Esto sólo un poquito; lo suficiente para comprender a los débiles, a los que no saben qué hacer, a los que se pasan la vida descubriendo enemigos debajo de cada piedra y detrás de cada árbol. Para comprenderlos, y para no enfadarse demasiado con ellos. Ni conmigo cuando se me pegue el arroz, ni con los niños —porque tendremos muchos— cuando metan ruido.

5 que tenga sentido del humor

Esto lo subrayo, queridos Magos, para que os deis cuenta de lo que me importa. Creo que podría resignarme a que mi futuro marido careciera de las condiciones anteriores con tal de que no le faltara ésta. Por favor, no me mandéis uno de esos hombres que se toman tan en serio como para creerse el ombligo del mundo. Uno de esos increíbles individuos que sólo se sienten importantes si emplean a cada momento palabras como «molocies», «inmarcesible» y «loor» y que no se dan cuenta de lo cómicos que resultan el cuello

duro, el «recibo los martes de cinco a siete» y todo lo que es artificioso y convencional.

6 que sea guapo

Esto, después de escribirlo, pienso que no hace ninguna falta. Un hombre inteligente, animoso, entero y con sentido del humor, ha de parecer guapo por fuerza.

Y nada más, queridos Gaspar, Melchor, Baltasar. Por si el candidato que me escogáis se resiste a meterse en vuestras alforjas, decidme que estoy dispuesta a poner mi hombro junto al suyo cuando sea necesario, que no me importa madrugar, que no me siento desgraciada si no puedo ir a la peluquería todas las semanas y que soy perfectamente capaz de guardar mis diplomas en el fondo de un cajón y dejar de ser la profesora Z para convertirme en la señora X si resulta que eso es más conveniente para que lleguemos a cumplir felices las bodas de oro.

¡Ah! Y decidme también que soy monilla. Eso le hará decidirse.

Agradecida y siempre vuestra,

JULITA